

El último de mi vida

Por Robbie

Tic, tac, tic, tac, tic, tac, seis segundos y seis vuelcos en mi corazón.

Tic, tac, tic, tac, cuatro segundos y cuatro vuelcos en mi corazón.

Tic, tac, dos segundos y dos vuelcos en mi corazón.

Tic, un segundo y un último vuelco en mi corazón.

Toda historia tiene un comienzo y la mía comenzó una cálida noche en un apacible bar de Sevilla mientras tomaba una cerveza.

-¡Germán, buenas y calurosas noches!

-¡Buenas noches compadre!

Mi compadre, el tío más grande de Sevilla, al menos para mí, se presentaba en nuestra tasca con la misma coletilla de todas las noches, pero esa noche era distinta, sin quererlo me metería en un problema de difícil solución.

-Manuel llevo media hora esperando, ¿Dónde carajo te has metido?

-Si te contara, no te lo creerías –todas las noches hacía lo mismo, llegaba tarde e inventaba una historia surrealista para excusarse. Menos esta vez, todo lo que contó era verdad.

-Venga, dime –le dije esperando la fábula de todas las noches.

-Verás –empezó dando una profunda calada al liadillo que sostenía entre los dedos- vengo andando tan tranquilo para el bar cuando me despisto mirándole el culo a un pibón que pasa por mi lado y me tropiezo con un enano, le pido disculpas y empieza a hablarme en un idioma muy raro, como ruso. Me quedo frente al enano riéndome un rato mientras dice maldiciones y jura en arameo, o al menos eso creo yo que hace, y de repente me suelta:

-Que pasa que no reconoces a la muerte.

-¿Perdón? –le digo desconcertado.

-No, si además de tonto eres sordo, que pasa que tengo que ir con guadaña y con túnica negra para que me reconozcas ¿No? Joder que asco de tópicos.

-Mientras habla el mundo se ha parado a nuestro alrededor. La chavala de muy buen ver se encuentra parada echando humo por la boca mientras pisa el cigarrillo contra el suelo. Entonces miro al enano y le digo:

-Vale, el truquito de parar el tiempo está muy bien pero dame una muestra de tu poder y te creeré.

-No suelo hacer exhibiciones y menos a humanos, pero considérate un tipo afortunado porque ahora mismo tengo que hacer un trabajito que me ha encargado el sino o destino, como quieras llamarlo.

-¿Pero tú no trabajas sola? –le pregunto.

-Es una historia muy larga y ningún mortal es tan longevo como para poder escucharla. ¿Quieres que te muestre mi poder o no?

-Sí, sí –contesto lo más rápido que puedo y entonces se acerca tranquilamente a la chavalita indicándome con la mano que lo siga, estira el brazo, la toca y ¡Zas! Vuelve todo a ponerse en movimiento. La chica nos mira y con gesto de indiferencia se gira, avanza unos metros y cae redonda al suelo.

-¿Qué le ha pasado? –le pregunto incrédulo.

-Infarto, una de las muertes más comunes y que menos parafernalia requiere –me dice el cabroncete tan tranquilo- Bueno creo que has visto demasiado así que me veo en la obligación de hacer algo al respecto.

-¿Cómo? –le pregunto tembloroso y dubitativo.

-Hay dos soluciones, la primera ir con la chica al otro barrio, o la segunda entregarme algo de tu tiempo que te queda para fallecer, un poco. Si quieres a cambio te recompenso con un deseo, el que tú me pidas. ¿Qué me dices?

-Pues creo que está bastante claro ¿No? Me quedo con la segunda.

-Me lo imaginaba, de acuerdo, ¿Y el deseo?

-Ser el hombre más rico de España.

-Típico, los hombres siempre quieren poder, sois el animal más insaciable. En fin que así sea. Deseo cumplido.

-Y el cabrón coge y desaparece de mi vista. Me voy corriendo para un cajero y ¡Tachán! Veo un número de nueve cifras, ¡Nueve cifras! ¡Soy millonario Germán! ¡MI-LLO-NA-RIO!

Al terminar de gritar millonario se atragantó con una aceituna, traté de salvarlo haciéndole la maniobra de Heimlich pero no sirvió de nada, mi compadre seguía sin aire. Al levantarme cogí el teléfono para llamar a una ambulancia y frente a mí mirándome fijamente a los ojos había un enano con una sonrisa en los labios. Me dijo:

-Pobre amigo, que poco ha disfrutado su dinero.

-¿Quién eres?

-Parece que la historia de tu amigo no te ha convencido mucho, mira a tu alrededor. Todo estaba parado. El gato del vecino del quinto seguía escondido debajo del Seat azul aparcado enfrente de la puerta. Un chaval en bicicleta continuaba haciendo un caballito interminable. Todos los asiduos del bar eran estatuas que bebían o comían. Y así todo.

-¿Qué demonios quieres?

-No –la muerte acompañaba la palabra moviendo el dedo de un lado al otro- No tomes el nombre del rey del infierno en vano. Se puede enfadar y no te conviene enfadarlo, hazme caso.

-¡Déjame en paz! ¡Haz que todo esto vuelva a la normalidad!

-No puedo. Tú no me dejas ir.

En aquel momento me di cuenta que si de verdad quería salir airoso de un encuentro con la mismísima muerte debía de seguirle el juego. O al menos intentarlo.

-¿Y para qué te quiero yo aquí?

-No lo sé. Dímelo tú

-¿Puedes arreglar este entuerto? –le pregunté sin convicción alguna.

-No, tu amigo seguirá muerto hagas lo que hagas, el destino no se puede cambiar. Y su destino era ese. ¿Seguirás el tuyo o no?

La pregunta se clavó en mi cerebro. Pensara en lo que pensara se repetía una y otra vez. Mi destino. Gran pregunta. ¿Qué debía hacer con mi vida? ¿Seguir mi destino? Y ¿Cuál es mi destino? La respuesta no la encontraría en mi interior. La muerte tenía la respuesta y yo la pensaba averiguar. Costase lo que costase.

-Muy bien, quiero seguir mi destino, ¿Qué debo hacer?

-A mi no me preguntes, pero sabes que no tienes escapatoria, ¿Quieres la primera opción o la segunda?

Al decir esto recordé el trato que mi compadre hizo con la muerte. No me lo podía creer me encontraba en la misma situación que él. Estaba claro que tenía dos opciones, morir o vivir y ser engañado por la muerte. Hiciera lo que hiciese iba a acabar mal así que decidí echarle valor y plantarle cara.

-De acuerdo, elijo morir, ese es mi destino ¿No?

La muerte me miró sobresaltada no se esperaba esa reacción por mi parte, la sorprendí y eso me haría ganar tiempo.

-Muy bien, entonces no me queda más remedio que matarte, lo siento. ¿Sabes que eres el primero que elige morir? Esta decisión te honra.

Se acercó a mí con paso decidido dispuesta a cumplir la parte de su trato. Con el dedo índice extendido me miraba directamente a los ojos. Me limité a encogerme y cerrar los ojos. Sentí un toque en mi cabeza y después...

-¡Germán! ¡Germán ostias responde! – la voz de Manuel resonaba en mi cabeza.

-¿Estoy en el cielo contigo compadre? –A renglón seguido escuché unas risas burlonas sobre mi comentario- No me jodas, ¿Estamos en el infierno?

-Germán ¡Coño! ¡Abre los ojos!

Cuando los abrí me encontré tumbado boca arriba y con todos los parroquianos del bar a mi alrededor. Me incorporé y pregunté que había pasado.

-Pues verás –empezó Manuel- te estaba contando lo del pibón ese con el que me crucé.

-Y el enano, ¡El cabrón del enano! ¿Dónde está?

-¿Qué enano ni que ostias?, a ti te ha afectado el golpe.

-¿Qué golpe? –le pregunté preocupado.

-Germán, te has mareado y te has caído redondo al suelo. ¿No te acuerdas de nada?

-Sí, claro, es la edad que no pasa en balde –mentí, pero solo ver que mi compadre estaba vivo merecía la pena. Todo volvía a la normalidad, o casi todo. Después de hablar un rato con él y enterarme que la chavalita con la que se cruzó no murió y que nunca había existido un enano que era la muerte me di cuenta que todo aquello podía haber sido producto de mi imaginación. Nunca estuve tan equivocado. Una de las veces que mi compadre fue al servicio salí fuera para ver si mi moto seguía mal aparcada o se la habían llevado los municipales cuando una voz detrás de mí rompió el silencio de la bonita noche veraniega.

-¿Has comprendido algo o simplemente te limitas a pensar que soy producto de tu imaginación?

Me giré rápidamente y allí estaba él, o mejor dicho ella, la muerte.

-¿Qué ha pasado? Sigo vivo y Manuel también, incluso la chica del cigarrillo. ¿Qué has hecho?

La muerte se arrimó a mí. Cogiéndome del hombro acercó su boca a mi oído y dijo:

-El truco está en no hablar de la letra pequeña –y se echó a reír- Atiende, la primera opción es morir y la segunda vivir entregándome parte de tu vida por un deseo hecho realidad. Pero como habrás imaginado la primera opción no consiste en morir, o al menos no sólo en eso. La opción original era sacrificarse por los demás, es decir poder cambiar todo lo que ha pasado por tu vida. Además al ser un acto de buena fe y un

sacrificio el destino, mi jefe, se apiada de esa persona y le permite seguir viviendo. Es decir que si no lo hiciese de la forma que lo hago mi trabajo sería muy aburrido. Ahora como me has caído bien te doy la oportunidad de pedir el deseo que más quieras, sin trampa ni cartón, lo que demandes se hará realidad.

La muerte me miraba con ojos de cachorrito desvalido y yo no sabía si podía fiarme de ella, a lo mejor me la quería jugar como a Manuel. Después de mucho pensar acepté.

-Vale, acepto tu proposición. Deseo disfrutar de la vida, vivir cada segundo como si fuera el último.

-De acuerdo, deseo concedido. Vivir cada segundo como si fuera el último de tu vida.

Después de decir esto se esfumó. Y la verdad, me sentí más libre, parecía que podía echar a volar como un pajarillo en libertad. Pero esa sensación sólo duró un segundo, el tiempo justo para volver a la realidad y que mi corazón hiciera un amago de pararse, respiré hondo para recuperarme y de nuevo al siguiente segundo otro sobresalto y así hasta hoy. Hoy he decidido que mi corazón ya ha sufrido demasiado desde entonces, los amagos de infarto no han parado ni un segundo. El fallo fue mío, nunca debí decir que quería vivir cada segundo de mi vida como si fuera el último. La muerte hizo lo que prometió: lo que pidas se hará realidad. Ahora desde un sexto piso voy a hacer realidad mi último deseo, dejar de vivir esta pesadilla.